Revista de Estudios Clínicos e Investigación Psicológica
Volumen 16 | Número 31 | Enero-Junio 2026 | ISSN: 2007-9419

El Challenge. Desarrollando competencias culturales en psicólogos clínicos en formación

The Challenge. Developing cultural competences in clinical psychology students

Silvia María Alvarez Cuevas[1]
Universidad Autónoma de Yucatán, Yucatán, México.
ORCID: 0000-0002-5559-1974
Teresita Concepción Campo Marín
Universidad Autónoma de Yucatán, Yucatán, México.
ORCID: 0000-0002-7185-464X
Eder Alberto Talavera Camacho
Universidad Autónoma de Yucatán, Yucatán, México.
ORCID: 0009-0007-1060-4296

Correspondencia
acuevas@correo.uady.mx[1]

Resumen
A partir del análisis del *Challenge*, actividad de aprendizaje centrada en el estudio de casos clínicos para fortalecer habilidades diagnósticas y de intervención, se reflexiona sobre su aporte al desarrollo de competencias clínicas, y sus limitaciones para visibilizar elementos culturales que impactan la evaluación e interpretación de problemáticas psicológicas en contextos específicos. Mediante una metodología IAP, a través del análisis del caso *Challenge*, se realiza una reflexión sobre las fortalezas, debilidades y áreas de oportunidad de la actividad de aprendizaje. Entre los resultados se reflexiona sobre la evolución de la actividad y la importancia de integrar una perspectiva cultural en la formación de psicólogos clínicos para promover una práctica ética, pertinente, contextualizada y orientada a la justicia social. Se destaca el desarrollo de competencias culturales como un elemento clave para el fortalecimiento de actitudes, conocimientos y habilidades que favorezcan el autoconocimiento, apertura, comprensión de la diversidad para promover intervenciones sensibles a cada población.

Palabras clave
Competencias culturales, formación del psicólogo, actividad de aprendizaje, psicología clínica, justicia social.

Abstract
Based on the analysis of the Challenge, a learning activity focused on clinical case studies to strengthen diagnostic and intervention skills, this paper reflects on its contribution to strengthening clinical competencies, as well as its limitations highlighting cultural elements that affect evaluation and understanding psychological problems in specific contexts. Using participatory action research methodology, through the analysis of the Challenge case, a reflection is conducted on the strengths, weaknesses, and opportunity areas of the learning activity. This paper examines the importance of integrating a cultural perspective into the clinical psychologists´ training to promote an ethical, contextualized practice oriented toward social justice. It argues that cultural competencies require the development of attitudes, knowledge, and skills that foster self-awareness, openness, understanding of diversity to promote sensible interventions to specific populations.

Keywords
Cultural competencies, psychology training, learning strategy, clinical psychology, social justice.
Doi: https://doi.org/10.56342/recip.vol16.n31.2026.71

Recibido: **7 de julio de 2026** **Aprobado:** **15 de octubre de 2026**

Introducción

Tradicionalmente, la formación del psicólogo clínico ha privilegiado el estudio de modelos teóricos y técnicas, así como el desarrollo de habilidades en diagnóstico psicopatológico y competencias básicas en investigación. Se ha prestado atención a aumentar el rigor científico en las intervenciones, promoviendo la incorporación de prácticas clínicas basadas en evidencia, la integración entre la teoría y práctica profesional, y la toma de decisiones fundamentadas en datos empíricos (Norcross, *et al.*, 2018; Hofmann, 2017); todo esto, cuidando preservar la carga de salud mental del estudiantado en formación (Berenbaum, *et al.*, 2021).

No obstante, diversos autores señalan que, además de estos componentes tradicionales, los desafíos contemporáneos del ejercicio profesional demandan la incorporación de perspectivas provenientes de las ciencias sociales que complejicen y contextualicen el quehacer psicológico. Una aproximación para realizar lo anterior es tener como lente en la formación del psicólogo el enfoque de la justicia social entendido como el conjunto de valores y creencias asociados a la defensa de los derechos humanos y al acceso equitativo a los recursos, lo cual implica el desarrollo de habilidades, conocimientos y disposiciones éticas específicas (Torres-Harding *et al.*, 2012), que abonen al respeto de la dignidad humana y la satisfacción de sus necesidades considerando el acceso a las oportunidades dentro del entorno cultural (Wronka, 2016).

Los planteamientos previamente expuestos convergen en la necesidad de formar psicólogos capaces de comprender el comportamiento humano desde una perspectiva contextual, crítica y socialmente situada en donde las universidades se convierten en espacios fundamentales para este propósito. Mediante el uso de metodologías activas que propician la reflexión a partir del diálogo, se generan oportunidades para poder profundizar en prácticas que invisibilizan situaciones culturalmente minoritarias (Bowman, 2011; Davis *et al.*, 2023). En este marco, las competencias culturales se posicionan como un eje transverso que, al articular dichas reflexiones, permiten reconocer la influencia de los factores socioculturales tanto en la experiencia de las y los psicólogos tratantes como en la de las personas consultantes (Caro, 2019).

Considerando los planteamientos expuestos, se hace necesario como parte de la formación del psicólogo clínico, la incorporación de experiencias académicas que combinen la teoría basada en evidencia con la práctica reflexiva y comprometida con la justicia social (Farooq *et al.*, 2023; Berenbaum *et al.*, 2021). Actividades de aprendizaje como el *Challenge* que presentan casos reales desde los cuales se pueda realizar un análisis integral, se convierten en espacios significativos para el desarrollo de competencias clínicas que centren su atención el motivo de consulta desde una mirada amplia que incorpore historia, entorno social y cultural, fomentando una visión completa para el diseño de intervenciones efectivas y personalizadas.

Marco teórico

Las competencias culturales

Comprender la realidad cultural requiere, en primer lugar, definir qué se entiende por “cultura”. Geertz (1973, pp. 33-34) la describe como “la estructura del

significado en términos de los cuales los seres humanos interpretan su experiencia y guían su acción; la estructura social es la forma que toma esa acción, la red de relaciones sociales". Desde esta perspectiva, la cultura se constituye como un marco interpretativo a través del cual se comprenden los fenómenos sociales, las relaciones interpersonales, los significados atribuidos a las experiencias y las metas que orientan la acción humana. Trabajar desde una mirada que considere la cultura en la práctica implica reflexionar sobre cómo los comportamientos, actitudes y políticas se integran en sistemas, instituciones y prácticas profesionales (Cross *et al.*, 1989). La revisión de las competencias culturales (CC) es un medio a partir del cual se puede reflexionar el papel de la cultura en la interacción profesional.

Las CC comprenden el conjunto de conocimientos, habilidades, actitudes y procesos de autoconciencia que permiten brindar una atención ética, efectiva y culturalmente sensible a personas provenientes de diversos contextos socioculturales. Este enfoque implica que el profesional reconozca sus propios valores, creencias, prejuicios y sesgos, y sea capaz de adaptar su práctica a las características culturales de cada persona (Sue & Sue, 2016; Arredondo, *et al.*, 1996; Campinha-Bacote, 2002; American Psychological Association [APA], 2017). En este sentido, las CC facilitan la adquisición de conocimientos, habilidades y disposiciones necesarias para ofrecer intervenciones ajustadas al contexto dentro del sistema de salud (Sue, *et al.*, 1996). Esta perspectiva, promovida por la Organización Mundial de la Salud desde la década de 1980, subraya la necesidad de reconocer los factores culturales presentes en la intervención, así como los significados que adquieren la salud y la enfermedad en cada cultura (Aawad, 2003).

De acuerdo con Sue (2009), las CC se articulan en torno a tres dimensiones fundamentales: la autoconciencia, el conocimiento de las diferencias culturales y el desarrollo de habilidades para intervenir de manera culturalmente pertinente. Posteriormente, la APA (2017) amplió este modelo al incorporar la justicia social y la humildad cultural como componentes esenciales para una práctica psicológica ética que facilita la aproximación a la diversidad (Galan, *et al.*, 2024).

Si bien las CC suelen emplearse como sinónimo de interculturalidad, ambos conceptos responden a enfoques distintos. La interculturalidad remite al diálogo, la interacción y el aprendizaje recíproco entre personas o grupos culturalmente diversos, promoviendo relaciones basadas en el reconocimiento, el respeto y la equidad (Walsh, 2009; Kirmayer, 2012). En contraste, las CC enfatizan el proceso reflexivo del profesional, quien debe reconocer la influencia de su propio marco cultural en la comprensión del consultante, explorar los significados culturales asociados al motivo de consulta y adaptar los procesos de evaluación e intervención de manera ética y contextualizada (APA, 2017).

Las competencias culturales en la formación de las y los psicólogos clínicos

La formación de futuros profesionales comprometidos con la justicia social requiere desarrollar la capacidad de comprender cómo los contextos culturales influyen tanto en la salud mental como en la construcción de la relación terapéutica. En este sentido, el psicoterapeuta debe ser capaz de reconocer la realidad cultural del paciente, especialmente cuando existen diferencias de país, etnia, situación socioeconómica o nivel educativo (Gailly, 2007a). Comprender esta diversidad resulta esencial para favorecer la adherencia al tratamiento y ampliar el acceso a la

psicoterapia en grupos poblacionales que históricamente han sido excluidos de estos servicios. Los terapeutas no solo deben fortalecer sus competencias en distintos enfoques psicoterapéuticos, sino también en CC de intervención (Salinas-Oñate, *et al.*, 2022). Estas comprenden tanto competencias genéricas, aplicables a cualquier encuentro intercultural, como competencias específicas vinculadas directamente con la práctica clínica y el trabajo con grupos culturales particulares, como minorías, personas con discapacidad, comunidades originarias, entre otros (Fung, *et al.*, 2008). Los terapeutas culturalmente sensibles se caracterizan por reconocer sus propios supuestos, valores, sesgos y limitaciones; por intentar comprender sin prejuicios la perspectiva de sus consultantes; y por desarrollar intervenciones que integren la dimensión cultural del paciente (Sue & Sue, 1990).

En este marco, el psicoterapeuta debe ejercer una doble reflexión. Por un lado, requiere analizar críticamente los determinantes culturales que han configurado su forma de comprender al consultante, el fenómeno de estudio y su propia práctica profesional, a partir de un proceso continuo de autoconocimiento, apertura y adaptación. Por otro, debe reconocer y valorar la realidad sociocultural del consultante, especialmente cuando existen diferencias relacionadas con el país de origen, la pertenencia étnica, la clase social, el nivel educativo, la religión, la orientación sexual u otros ejes de diversidad. Las CC implican, por tanto, comprender cómo ambas subjetividades interactúan dentro del espacio terapéutico y cómo esta interacción influye en la alianza terapéutica, la comprensión del sufrimiento psicológico y la construcción de estrategias de intervención pertinentes (Fung, *et al.*, 2008; Sue & Sue, 1990).

Incorporar la perspectiva de las CC permite al clínico desarrollar sensibilidad hacia los elementos culturales que influyen en el ejercicio terapéutico. Ignorar esta diversidad puede obstaculizar la empatía y, en casos extremos, derivar en el rechazo de realidades culturales distintas. Las CC no solo implican comprender lo que ocurre dentro del espacio terapéutico, sino también cuestionar las estructuras sociales y políticas que perpetúan la inequidad, posicionando así al psicólogo clínico como un agente comprometido con la transformación social. Profundizando las ideas anteriores, Tseng (2007) señala que en los procesos terapéuticos se generan procesos de transferencia étnica y cultural cuando el consultante desarrolla actitudes o sentimientos hacia el terapeuta en función de su pertenencia cultural. De manera complementaria, la contratransferencia cultural ocurre cuando es el terapeuta quien reacciona frente al paciente desde su propia posición cultural o étnica. Estos procesos se pueden intensificar ante la dimensión religiosa y espiritual que impacta la intervención psicológica en contextos multiculturales (HaCohen, 2026).

Por su parte, Gailly (2007b) advierte que un terapeuta que se siente incómodo ante las diferencias culturales puede adoptar posturas que nieguen dichas diferencias, ya sea a través de actitudes paternalistas, la omisión de aspectos culturales relevantes o la reducción de la experiencia del consultante a explicaciones exclusivamente intrapsíquicas o biológicas. También puede manifestarse en la evitación de temas culturalmente sensibles, como las prácticas tradicionales o creencias locales, lo que limita la profundidad del proceso terapéutico y puede incrementar la defensividad del consultante. En el extremo opuesto, puede presentarse una identificación excesiva con la cultura del consultante, atribuyendo todos sus conflictos a dicho factor lo que puede generar conductas compensatorias, como la sobreprotección, la dificultad para establecer límites o la adopción de actitudes paternalistas. Asimismo, la percepción jerárquica entre culturas puede provocar respuestas de superioridad o, por el

contrario, inseguridad, expresada en un hiperformalismo en la relación terapéutica.

Para contrarrestar estos efectos, Gailly (2007a) propone la noción de bifocalidad, mediante la cual el terapeuta desarrolla la capacidad de observar simultáneamente su propia experiencia, la del consultante y del contexto cultural en el que se inserta la relación terapéutica. Esta postura favorece la construcción de significados compartidos y promueve una comprensión dinámica de la cultura como un fenómeno en constante transformación. Desde esta perspectiva, la diferencia cultural deja de ser un obstáculo para convertirse en una oportunidad de encuentro, aprendizaje y ampliación de significados, fortaleciendo así la alianza terapéutica.

Esta aproximación, cercana a la perspectiva sociocultural, incorpora una dimensión ética fundamental, ya que define lo que los terapeutas y consultantes pueden o no hacer, así como los medios que se emplean durante el proceso terapéutico. Invita a reflexionar sobre los desafíos de la práctica clínica y cómo el cuidado, y el poder, se vuelven importantes para considerar durante la intervención y la consecución de los objetivos terapéuticos (Caro, 2019). Esta perspectiva se vincula estrechamente con la promoción de la justicia social, en la medida en que reconoce que el acceso a los servicios de salud mental ha sido históricamente desigual (Torres-Harding, *et al.*, 2012). En este marco, la autorreflexión se posiciona como un eje central en la formación del psicólogo, ya que implica que el terapeuta examine críticamente sus experiencias de vida, sus valores, sus fortalezas y áreas de oportunidad, así como sus formas de comprender la realidad. Incorporar la dimensión cultural en este proceso de autoconocimiento fortalece el desarrollo de una práctica más consciente, ética y sensible a la diversidad.

La Universidad y su papel en el desarrollo de las competencias culturales

Ampliar el enfoque sobre la importancia de la transmisión de las CC implica analizar el papel de las instituciones educativas en la reproducción de prácticas que, en muchos casos, marginan o invisibilizan las condiciones sociales preexistentes que impactan la salud mental (González, Loyola & Pérez, 2022). Esta reflexión puede abordarse desde una perspectiva propositiva, al reconocer que las instituciones universitarias pueden constituirse como espacios clave para el fortalecimiento de dichas competencias en el estudiantado.

En este sentido, Davis, *et al.* (2023) señalan que, frente a los retos que implica la formación en psicología clínica en la era de la virtualidad y la multiculturalidad, es fundamental incorporar estrategias y actividades pedagógicas orientadas al desarrollo de competencias culturales y de justicia social. Estos autores destacan que la participación en programas educativos en colaboración con organizaciones de salud mental en contextos distintos al lugar de residencia —como experiencias en el extranjero o inmersiones culturales— favorece el desarrollo de múltiples dimensiones formativas.

En particular, tales experiencias promueven la empatía, la transformación personal, el fortalecimiento de la competencia multicultural, una mayor sensibilidad hacia la diversidad, así como el desarrollo de la espiritualidad y la reflexión crítica sobre los propios valores. En conjunto, estos procesos contribuyen a que el estudiantado construya una visión más amplia, inclusiva y culturalmente informada de su futura práctica profesional (Davis, *et al.*, 2023).

Distintas actividades de aprendizaje implementadas desde el aula han generado un impacto positivo en el aumento de competencias culturales. Hicks, *et al.*

(2022) evidencian que la discusión de temas “culturalmente incómodos” en entornos universitarios —tanto presenciales como virtuales—, resulta eficaz para generar cambios en los indicadores de justicia social. En la misma tónica Sorensen, *et al.* (2009), mencionan que el diálogo intergrupal ha fomentado en el estudiantado empatía intergrupal, comprensión del privilegio y reflexión sobre actitudes raciales. Por su parte Bowman (2011), refiere que el aprendizaje cooperativo, el diálogo y el aprendizaje experiencial ha incidido en las actitudes hacia la diversidad y el compromiso cívico. Mayhew y Engberg (2010) apuntan a que los cursos con aprendizaje activo que incorporan discusión, reflexión crítica y aprendizaje colaborativo reducen el prejuicio racial y facilitan la apertura a la diversidad. Mientras que Gordon, *et al.* (2022), afirman que el aprendizaje a través del servicio ha incidido en el aumento de la empatía y el desarrollo de la perspectiva social.

Otro espacio clave para el desarrollo de competencias culturales y de justicia social es la supervisión clínica. Al respecto, Bezanson, *et al.* (2024) subrayan la importancia de implementar estrategias que faciliten la transición del estudiantado desde posiciones teóricas hacia su aplicación práctica, particularmente en el ejercicio profesional como consejeros. No obstante, este proceso se ve limitado cuando los supervisores carecen de sensibilidad cultural. Por ello, Mena y Rogers (2017) enfatizan la necesidad de que los propios supervisores desarrollen procesos reflexivos sobre sus supuestos y marcos de referencia, ya que solo a partir de esta conciencia pueden fomentar dichas competencias en sus estudiantes.

En consonancia con lo anterior, Brady-Amoon, *et al*. (2018) señalan que los procesos reflexivos permiten identificar valores, prejuicios y barreras que dificultan el reconocimiento de la subjetividad del otro. Por esta razón, proponen que la reflexión se integre como un eje transversal en los programas de formación, dado su papel fundamental en el desarrollo de la justicia social.

En conjunto, estas estrategias evidencian que la universidad no solo es un espacio de transmisión de conocimientos, sino también un escenario formativo en el que se configuran habilidades, actitudes y posicionamientos éticos frente a la diversidad. En este marco, el desarrollo de competencias culturales y de justicia social se consolida como un componente indispensable en la formación del psicólogo clínico, al permitir una práctica profesional más crítica, contextualizada y comprometida con la equidad. Ante todo, este panorama, la presente investigación analiza las fortalezas, debilidades y áreas de oportunidad de la actividad de aprendizaje denominada *Challenge*.

Metodología

La metodología de investigación utilizada para este trabajo fue la investigación-acción participativa. El método empleado fue el enfoque cualitativo a través del estudio de caso utilizando como técnicas el análisis de documentos y productos elaborados por los estudiantes, así como las entrevistas realizadas a docentes.

Objetivo General

El propósito de esta investigación consistió en examinar la actividad de aprendizaje denominada *Challenge* con la finalidad de incorporar el eje de las competencias culturales y de justicia social en la formación de psicólogos clínicos.

Objetivos Específicos.

- Describir el proceso de evolución de la actividad de aprendizaje *Challenge* como experiencia coadyuvante en la formación de psicólogos clínicos.
- Determinar las recomendaciones para incorporar en la actividad de aprendizaje Challenge, las competencias culturales y de justicia social.

Procedimiento

Se realizó un proceso de revisión de la actividad el *Challenge* a partir del análisis de los casos clínicos utilizados en las ediciones de los años 2022, 2023 y 2024, así como los productos elaborados por los estudiantes a partir de dicha actividad. De igual forma, se entrevistó a los docentes del Cuerpo Académico de Psicología Clínica de la Universidad Autónoma de Yucatán, quienes compartieron sus impresiones sobre la actividad de aprendizaje utilizando como ejes de análisis: fortalezas, debilidades y áreas de oportunidad.

Resultados

El Challenge y su evolución

En el contexto de la educación superior emerge la necesidad de diseñar e implementar propuestas formativas situadas que, sin requerir movilidad internacional, permitan desarrollar competencias clínicas avanzadas integrando la dimensión cultural. En respuesta a este reto, distintas instituciones han comenzado a generar estrategias pedagógicas innovadoras que articulan el aprendizaje experiencial con el análisis crítico de la práctica profesional. En este marco, la experiencia formativa desarrollada en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), denominada *Challenge*, impulsada por el Cuerpo Académico de Psicología Clínica de la UADY desde el año 2022 ha fomentado el análisis de casos psicoterapéuticos a partir de la discusión de procesos cognitivos de orden superior, sin el uso de tecnología.

A partir del análisis de los documentos, y la entrevista con personas claves se detectó entre sus fortalezas, que a través de esta experiencia se promueve que estudiantes de licenciatura y posgrado en psicología, provenientes de distintas instituciones del estado de Yucatán, México, fortalezcan sus competencias en diagnóstico, diseño de intervención y uso de técnicas psicoterapéuticas pertinentes al caso. Dentro de los aportes que ha generado la actividad se encuentra que ha favorecido en el estudiantado el trabajo colaborativo, la resolución de problemas complejos, el abordaje de la intervención clínica a partir de la conceptualización del caso y el establecimiento de alternativas de intervención psicoterapéutica. De igual forma ha permitido que el estudiantado genere discusión activa y sostenida en el tiempo para la realización de la actividad.

Sin embargo, a partir de su evolución y revisión crítica, se detecta como debilidad que los casos utilizados como base de análisis habían estado centrados en escenarios “clásicos” de consulta, caracterizados por consultantes que accedían voluntariamente a servicios psicológicos, contaban con niveles educativos que facilitan la comprensión del rol del psicólogo y disponían de recursos económicos para

sostener un proceso terapéutico.

Ante esta situación, se genera como área de oportunidad, el incorporar en la actividad componentes orientados al desarrollo de competencias culturales y a la promoción de la justicia social para poder constituirse como una experiencia formativa integral que no solo fortalezca las habilidades teóricas y técnicas para la intervención clínica, sino que también promueva la reflexión y el desarrollo de competencias culturales, contribuyendo de este modo a la difusión de la justicia social desde las instituciones de educación superior.

Recomendaciones al Challenge

De la revisión previa emergen consideraciones que no solo se remiten a la actividad descrita, sino que pueden ser aportes para otras actividades de aprendizaje tras reconocer los beneficios de incorporar la reflexión sobre las competencias culturales como vía para promover la justicia social en el ejercicio psicoterapéutico.

Primeramente, está la incorporación de diversidad cultural en la elección de los casos clínicos. En este sentido se sugiere diseñar o presentar casos de análisis que reflejen una amplia diversidad sociocultural, incluyendo personas con discapacidad, en situación de pobreza, pertenecientes a grupos étnicos o pueblos originarios, así como otros contextos de vulnerabilidad. Esto permitirá al estudiantado enfrentarse a escenarios complejos y desarrollar una mirada más amplia, crítica y sensible.

Igualmente, relevante es la elección de las estrategias utilizadas en las distintas fases de la intervención clínica. En este sentido resulta importante que el estudiantado contemple que las estrategias propuestas en las distintas fases del proceso de intervención —exploración, intervención y evaluación—consideran activamente las particularidades culturales del consultante. De este modo, se promueve una práctica clínica más equitativa, inclusiva y ajustada a las necesidades reales de la población.

De cara a lo anterior, conviene en la rúbrica de evaluación de las actividades formativas, hacer una consideración explícita de las competencias culturales. Esto implica valorar la capacidad del estudiantado para reflexionar sobre sus propios valores, sesgos y limitaciones, así como para comprender al consultante desde su contexto cultural y social.

En conjunto, estas recomendaciones buscan consolidar al *Challenge* como una experiencia formativa integral que no solo fortalezca habilidades clínicas, sino que también contribuya al desarrollo de profesionales sensibles a la diversidad, comprometidos con la justicia social y capaces de ejercer una práctica psicológica culturalmente informada.

De la revisión crítica realizada para la mejora del *Challenge*, emergen una serie de recomendaciones que trascienden esta actividad específica. Estas sugerencias representan oportunidades transversales para enriquecer diversas actividades de aprendizaje orientadas a la formación de psicólogas y psicólogos clínicos, que busquen incidir de manera intencionada en la sensibilidad cultural, el pensamiento crítico y el compromiso ético con la equidad y la justicia social.

Es fundamental recordar que las competencias culturales en psicoterapia no deben concebirse únicamente como habilidades técnicas, sino como una postura ética y crítica que apunte a la promoción de la justicia social. En este sentido, reconocer el valor de la cultura, cuestionar sus implicaciones y desarrollar un pensamiento reflexivo se convierten en elementos esenciales para la construcción de espacios terapéuticos respetuosos, abiertos y transformadores. Esta aproximación permite al terapeuta

comprender al consultante desde su contexto, incorporar voces significativas en el proceso terapéutico y diseñar alternativas de intervención pertinentes a las realidades culturales en las que se inscribe su experiencia.

En este marco, el pensamiento crítico que cultiva las virtudes intelectuales de imparcialidad, integridad, autonomía y empatía intelectual (Paul & Elder, 2003) van de la mano con posiciones de humildad cultural (Galan, *et al.*, 2024) propias de los marcos de la justicia social y de las competencias culturales que coadyuvan para transitar de una postura irreflexiva hacia una práctica profesional consciente y analítica.

Conclusiones

La literatura académica reciente enfatiza la necesidad de implementar estrategias formativas que favorezcan la integración de la justicia social y las competencias culturales en el desarrollo profesional del psicólogo (Bowman, 2011; Sorensen, *et al*, 2009; Bezanson, *et al.*, 2024). En este sentido, los programas de formación han recurrido a diversos métodos para andamiar la transición entre el conocimiento teórico y la práctica clínica, destacando, entre ellos, la inmersión cultural como una de las experiencias más significativas (Davis, *et al.*, 2023).

No obstante, el ejercicio clínico requiere reconocer la complejidad y naturaleza multifactorial del ser humano. El análisis de casos psicoterapéuticos implica considerar múltiples dimensiones —biológicas, individuales, relacionales, cognitivas y socioculturales— que deben ser articuladas mediante el uso del pensamiento crítico. En este marco, la cultura se posiciona como un elemento central que no puede ser omitido en la comprensión del consultante ni en el diseño de las intervenciones. Las actividades académicas como el *Challenge* que analizan casos clínicos utilizando como lente las competencias culturales, coadyuvan a que psicólogos clínicos en formación, examinen sus procesos de pensamiento, cuestionen sus supuestos y adapten su intervención a las necesidades culturales del consultante, favoreciendo así una práctica clínica ética, contextualizada y socialmente comprometida.

A lo largo de este trabajo se han destacado los aportes de las competencias culturales en la práctica clínica, entendiéndolas no solo como un conjunto de habilidades, sino como una postura ética y reflexiva que permite al terapeuta reflexione sobre sí mismo, sus valores y su cultura; comprender al consultante desde su contexto, y cuestionar los sistemas que perpetúan la desigualdad.

Asimismo, las actividades académicas que fomentan la reflexión crítica sobre estos elementos no solo fortalecen las habilidades clínicas, sino que también contribuyen al desarrollo de una conciencia ética y social en el estudiantado. Esto resulta fundamental para formar profesionales capaces de responder con sensibilidad y compromiso ante la diversidad de realidades que caracterizan el contexto contemporáneo.

En este escenario, el *Challenge* se presenta como una actividad de aprendizaje con un alto potencial formativo. Su evolución hacia la incorporación intencionada de las competencias culturales en su última edición representa un avance significativo. Esta actividad constituye una oportunidad valiosa para integrar el análisis clínico con la reflexión sobre la diversidad cultural, al propiciar espacios de discusión, problematización y construcción de alternativas en contextos simulados o guiados. De esta forma, las competencias culturales se consolidan como aspectos indispensables

a considerar en la formación de las y los psicólogos clínicos contemporáneos. Integrar esta perspectiva en estrategias formativas como el *Challenge* permite avanzar hacia una práctica clínica más crítica, contextualizada y comprometida con la justicia social, contribuyendo así a la construcción de una atención psicológica más equitativa, inclusiva y culturalmente sensible.

Referencias

American Psychological Association. (2017). Multicultural guidelines: An ecological approach to context, identity, and intersectionality. https://www.apa.org/about/policy/multicultural-guidelines

Arredondo, P., Toporek, R., Brown, S. P., Jones, J., Locke, D. C., Sanchez, J., & Stadler, H. (1996). Operationalization of the multicultural counseling competencies. Journal of Multicultural Counseling and Development, 24(1), 43–78. https://doi.org/10.1002/j.2161-1912.1996.tb00288.x

Awaad, T. (2003). Culture, cultural competency and occupational therapy: A review of the literature. British Journal of Occupational Therapy, 66(8), 356–362. https://doi.org/10.1177/030802260306600804

Berenbaum, H., Washburn, J. J., Sbarra, D., Reardon, K. W., Schuler, T., Teachman, B. A., Hollon, S. D., Atkins, M. S., Hamilton, J. L., Hetrick, W. P., Tackett, J. L., Cody, M. W., Klepac, R. K., & Lee, S. S. (2021). Accelerating the rate of progress in reducing mental health burdens: Recommendations for training the next generation of clinical psychologists. Clinical Psychology: Science and Practice, 28(2), 107–123. https://doi.org/10.1037/cps0000007

Bezanson, B. J., Shim, V., Kassan, A., & Falardeau, C. (2024). Practicum supervisors' role in the development of counselling psychology graduate students' cultural and social justice responsiveness. Journal of Educational Thought, 57(2), 211–236. https://doi.org/10.55016/ojs/jet.v57i2.80573

Bowman, N. A. (2011). Promoting participation in a diverse democracy: A meta-analysis of college diversity experiences and civic engagement. Review of Educational Research, 81(1), 29–68. https://doi.org/10.3102/0034654310383047

Brady-Amoon, P., Makhija, N. J., Dixit, V., & Dator, J. (2018). Social justice: Pushing past boundaries in graduate training. Journal for Social Action in Counseling and Psychology, 4(2), 85–98. https://doi.org/10.33043/JSACP.4.2.85-98

Campinha-Bacote, J. (2002). The process of cultural competence in the delivery of healthcare services: A model of care. Journal of Transcultural Nursing, 13(3), 181–184. https://doi.org/10.1177/10459602013003003

Caro Gabalda, I. (2019). Ética y psicoterapia: Una perspectiva sociocultural. Revista de Psicoterapia, 30(113), 73–91. https://doi.org/10.33898/rdp.v30i113.304

Cross, T. L., Bazron, B. J., Dennis, K. W., & Isaacs, M. R. (1989). Towards a culturally competent system of care: A monograph on effective services for minority children who are severely emotionally disturbed. Georgetown University Child Development Center.

Davis, J., Brown, D., Vuncannon, and J., Chamberlin, B., & Frazier, C. (2024). Facilitating Multicultural and Social Justice Development through Immersion and Study Abroad Experiences. Journal of Psychology and Theology, 52(3), 283-295. https://doi.org/10.1177/00916471231166005

Farooq, R., Appiah, A., Abbas, S., & Addy, C. (2023). Making psychology "just"? The challenges and opportunities of delivering human rights based pedagogical and experiential teaching to trainee clinical psychologists. Clinical Psychology Forum, 368. https://doi.org/10.53841/bpscpf.2023.1.368.23

Fung, K., Andermann, L., Zaretsky, A., & Lo, H. T. (2008). An integrative approach to cultural competence in the psychiatric curriculum. Academic Psychiatry, 32(4), 272–282. https://doi.org/10.1176/appi.ap.32.4.272

Gailly, A. (2007a). Psicoterapia y cultura: Reflexiones sobre la práctica clínica en contextos interculturales. Revista de Psicoterapia, 18(70), 7–22.

Gailly, A. (2007b). Terapia culturalmente sensible: Un acercamiento antropológico. Revista de Psicoterapia, 18(70–71), 115–139. https://doi.org/10.33898/rdp.v18i70/71.922

Galán, C. A., Boness, C. L., Tung, I., Bowdring, M. A., Sequeira, S. L., Call, C. C., Savell, S. M., Northrup, J. B., & Scholars for Elevating Equity and Diversity (SEED). (2024). Clinical psychology graduate programs: Falling short in cultural humility training. Training and Education in Professional Psychology, 18(3), 265–278. https://doi.org/10.1037/tep0000443

Gee, D. G., DeYoung, K. A., McLaughlin, K. A., Tillman, R. M., Barch, D. M., Forbes, E. E., Krueger, R. F., Strauman, T. J., Weierich, M. R., & Shackman, A. J. (2022). Training the next generation of clinical psychological scientists: A data-driven call to action. Annual Review of Clinical Psychology, 18(1), 43–70. https://doi.org/10.1146/annurev-clinpsy-081219-092500

Geertz, C. (1973). The interpretation of cultures. Basic Books.

González Loyola Pérez, M. X. R. (2022). La perspectiva comunitaria y de justicia social en diagnósticos psicosociales sobre salud mental y acceso a la justicia para niños, niñas y adolescentes. En XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Universidad de Buenos Aires. https://www.aacademica.org/000-084/24

Gordon, C. S., Pink, M. A., Rosing, H., & Mizzi, S. (2022). A systematic meta-analysis and meta-synthesis of the impact of service-learning programs on university students' empathy. Educational Research Review, 37, 100490. https://doi.org/10.1016/j.edurev.2022.100490

HaCohen, N. (2026). Navigating spiritual and religious identities in psychotherapy: Lessons from a multicultural clinical psychology master's training program in Israel. Psychotherapy. 63(2), 132-144. https://doi.org/10.1037/pst0000604

Hicks, E. T., de la C. Alvarez, M., & Rodríguez, M. M. D. (2022). Impact of difficult dialogues on social justice attitudes during a multicultural psychology course. Teaching of Psychology, 50(2), 175–183. https://doi.org/10.1177/00986283221104057

Hofmann, S. G. (Ed.). (2017). International perspectives on psychotherapy. Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-319-56194-3

Kirmayer, L. J. (2012). Rethinking cultural competence. Transcultural Psychiatry, 49(2), 149–164. https://doi.org/10.1177/1363461512444673

Mayhew, M. J., & Engberg, M. E. (2010). Diversity and moral reasoning: How negative diverse peer interactions affect the development of moral reasoning in undergraduate students. The Journal of Higher Education, 81(4), 459–488. https://doi.org/10.1353/jhe.0.0104

Mena, J. A., & Rogers, M. R. (2017). Factors associated with multicultural teaching competence: Social justice orientation and multicultural environment. Training and Education in Professional Psychology, 11(2), 61–68. https://doi.org/10.1037/tep0000143

Norcross, J. C., Sayette, M. A., & Pomerantz, A. M. (2018). Doctoral training in clinical psychology across 23 years: Continuity and change. Journal of Clinical Psychology, 74(3), 385–397. https://doi.org/10.1002/jclp.22517

Paul, R., & Elder, L. (2003). Critical thinking: Tools for taking charge of your learning and your life. Pearson Education.

Salinas-Oñate, N., Silva González, A., & Santibáñez Fernández, P. (2022). Competencia cultural en psicoterapia: Un imperativo ético. Diversitas, 18(2). https://doi.org/10.15332/22563067.8206

Sorensen, N., Nagda, B. A., Gurin, P., & Maxwell, K. E. (2009). Taking a "hands on" approach to diversity in higher education: A critical-dialogic model for effective intergroup interaction. Analyses of Social Issues and Public Policy, 9(1), 3–35. https://doi.org/10.1111/j.1530-2415.2009.01193.x

Sue, D. W., Capodilupo, C. M., Torino, G. C., et al. (2009). Racial microaggressions and difficult dialogues on race. Cultural Diversity and Ethnic Minority Psychology, 15(2), 183–190. https://doi.org/10.1037/a0014661

Sue, D. W., Ivey, A. E., & Pedersen, P. B. (1996). A theory of multicultural counseling and therapy. Brooks/Cole.

Sue, D. W., & Sue, D. (1990). Counseling the culturally different: Theory and practice (2nd ed.). John Wiley & Sons.

Sue, D. W., & Sue, D. (2016). Counseling the culturally diverse: Theory and practice (7th ed.). John Wiley & Sons.

Torres-Harding, S. R., Siers, B., & Olson, B. D. (2012). Development and psychometric evaluation of the Social Justice Scale (SJS). American Journal of Community Psychology, 50(1–2), 77–88. https://doi.org/10.1007/s10464-011-9478-2

Tseng, W.-S. (2007). Psicoterapia desde la transculturalidad y la migración. Revista de Psicoterapia, 18(70–71), 5–25. https://doi.org/10.33898/rdp.v18i70/71.918

Walsh, C. (2009). Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época. Universidad Andina Simón Bolívar.

Wronka, J. (2016). Human rights and social justice: Social action and service for the helping and health professions. Sage Publications.